

discípulos del Precursor, conteniendo una pregunta llana y sencilla, como de quien lealmente desea saber la verdad; oímos también la concluyente respuesta de Jesucristo fijando la atención de cuantos la oyeron en testimonios irrecusables que autorizaban su divina misión.

Hoy nos encontramos con otra embajada y con otra pregunta, no tan leal y sincera como la primera, pero que expresa la misma ansiedad que embargaba al pueblo de Dios en aquella hora solemne. Ya habéis oído el texto evangélico. El Sanedrín, con plena autoridad, y con ostentación de la misma, interroga a Juan en el desierto para saber quién es él, ya que la atención pública inquietaba los ánimos de los fariseos y defensores de sus ideas propias sobre los acontecimientos que todo Israel esperaba y tocaba al parecer con las manos. ¿Quién eres

tú? Ante la resuelta negativa de Juan que dice no ser él el Cristo, ni Elías, ni el Profeta, yérguese ostentosa la comisión del sanedrín e interpela por qué Juan bautiza, si no es Cristo, ni Elías, ni el Profeta. El santo Precursor mántiéndose en su austera serenidad y les protesta de su misión, profetizada en los libros que ellos leen y enseñan; más aún, señáales al Mesías, asegurándoles que ya está en medio de ellos, y que él no se siente digno de desatar su calzado.

Detengámonos unos instantes en esta actitud severa del Bautista para fijar la atención en el argumento sin réplica que sugiere a los que lo interrogan, en favor de la divinidad de Jesucristo, y luego consideremos la mala disposición de quienes hacen la consulta sin valor moral para llegar hasta esclarecer la verdad.

NECESITAMOS HOMBRES DE TRABAJO

Costa Rica está harta ya de doctores y poetas, en tanto que desfallece por escasez de hombres dedicados a la agricultura, a la ingeniería, a tantos otros oficios más auténticos y realmente beneficiosos. Lo que le falta al país son obreros, no literatos. Debemos trocar la pluma por el arado. Que se cierre tanto bufete exprimidor de cándidos y se abran surcos en la tierra ubérrima.

Ante nosotros está, palpitante cada día más, el ejemplo que deberíamos tomar como un latigazo para nuestra indolencia: los norteamericanos. Esa gran nación se ha puesto a la cabeza del mundo en menos de un siglo, y no creáis, no, que a fuerza de sonetos y poemas. Ningún americano se acuerda de que hay «fúlgida luna» y «sol esplendoroso». Y de toda esa actividad que bulle y brama en cien millones de seres allende el Caribe, de esa laboriosa colmena, espejo de naciones, tan sólo se nos ocurre imitar los pantalones escurridos, los enormes

zapatos y todo lo que ellos usan por cómodo y por práctico y que nosotros ostentamos ridículamente por moda elegante. Mientras nosotros emborronamos unas cuartillas, ellos hacen un puente; en tanto que nosotros desentrañamos un nuevo ascendiente que venga, fatuos, a lustrar nuestro apellido, ellos han levantado un nuevo rasca-cielo; y, para qué seguir...

Yo calculo que un 10% de nuestra población malgasta tristemente el tiempo en escribir sandeces, que bien pudieran convertirse, para provecho propio, tranquilidad de todos y prosperidad de la nación, en otros tantos hombres auténticos, obreros incansables que fomenten e impulsen la industria que nos hace falta aquí, en esta tierra donde repagamos los artículos, necesariamente traídos de fuera, en donde las materias primas se desbordan y en donde hasta esta tinta, conque ahora apunto estas quirotadas, lleva el imprescindible rótulo: «Made in U. S. A.»

Mario G.

SILUETAS SEMANALES

El Arbol venenoso del Comunismo bolcheviquista español.—Frutos de la Revolución social-marxista de Asturias

II

Todos los horrores y estragos causados por los revolucionarios comunistas en la hermosa región asturiana, han sido fruto natural de una prolongada incubación de varios años de doctrinas subversivas y de odios los más feroces, reconcentrados en sus maleados corazones.

¿A qué grado de rebajamiento y de crueldad puede llegar el hombre cuando ha soltado el freno de la religión y en su inteligencia se han eclipsado las luces de la fe! En peor condición que una fiera se encuentra entonces, como se ha visto en estas últimas semanas en que el vendabal del salvajismo pasó por Oviedo y toda su provincia, destruyendo con dinamita e incendiando los suntuosos edificios como la Universidad, los teatros, las bibliotecas y las iglesias, robando y asesinando tanto a los ricos como a los sacerdotes, lo mismo que a otras innumerables personas del elemento civil.

Dejemos pasar ante nuestros ojos, con tristeza y horror, los cuadros vivos de aquella región desgraciada para que de nuestro corazón brote un grito de indignación contra tamaña maldad, al mismo tiempo que de compasión para tantas víctimas cuya sangre inocente clama venganza ante el Dios de las justicias y ante la humanidad.

Habla la «Gaceta del Norte de Bilbao». «Víctimas Inocentes».—¡No hay corazón por duro y corrompido que sea, que no haya sentido un estremecimiento de horror ante el espectáculo de esos niños—hijos de los mártires del deber—víctimas inocentes del más espantoso de los odios, de la más salvaje y cruel de las venganzas! ¡Niños inocentes!... Su sola presencia, su misma sonrisa, detuvo mil veces los intentos más fieros. ¡Niños huérfanos!... más dignos aún de la compasión y de la piedad. ¡Huérfanos de padres que

morían en el cumplimiento de su deber!

Estos niños han sentido en sus ojos puros, inocentes, el dolor agudo del puñal que un corazón, mil veces peor que el de las hienas, clavó en sus órbitas para vaciarlas. ¡Que no quiso darles muerte para que vivieran en desgracia; para que fueran vivos testigos de un odio que no se sacia con el asesinato, con el incendio, con el saqueo y la muerte!...

«¡Qué abismo de degradación, qué refinamiento de maldad, qué instintos de perversión se manifiestan en los autores de este horrendo crimen! Monstruos de la sociedad, hijos de la revolución, abortos del infierno!...».

«Lector: si tienes niños, contémplos un momento y medita, con espíritu cristiano, esta tragedia».

«¿Quién es capaz de reconcentrar tanta maldad, y lo que parece aún más inconcebible, llevarla a la práctica?... Los autores de esta y otras tragedias, se vanagloriaban de haber implantado allí, el Comunismo libertario y el Sovietismo copiado de la Rusia de Lenin.

Los que profesan, pues, estas doctrinas antihumanas, los que beben y se empapan de sus principios, son estos monstruos en forma humana, capaces de tales y peores atrocidades.

Busquemos remedio a tanto mal sembrando semilla de doctrina evangélica en los cerebros de las multitudes, y haciendo bajar a su corazón gérmenes de amor fraternal para todos indistintamente, ricos o pobres.

Roguemos y compadezcamos a tantos seres desviados por las mentiras y falsedades de las teorías anárquicas que tan abundantemente pululan entre los diferentes sectores de la sociedad, procurando vivan al amparo de la Religión.

FR. CEFERINO DE GRANOLLERS

ORIENTACION SEGURA SOBRE LOS BAILES

1.—Los bailes, según Santo Tomás, considerados en sí mismos son lícitos, aun pueden ser actos meritorios, porque lícito y honesto es manifestar regocijo por medio de saltos y movimientos acompasados. Así sabemos que David bailaba con viveza delante del Arca del Señor. Pero notad que lo hacía delante del Señor; por lo cual, añade dicho Santo Tomás, que para que el baile sea bueno ha de ir acompañado, entre otras, de estas circunstancias: a) *Que el fin sea honesto.* b) *Que sea motivado por legítimo regocijo público o de familia* c) *Que la música sea honesta y que no haya indecencia en los gestos y evoluciones.*

2.—Siendo, pues, el baile un acto en sí mismo indiferente, toma su malicia del fin con que se ejecuta, del modo de ejecutarlo y de los efectos que se siguen: a) *Por razón del fin son ilícitos los bailes en que los asistentes pretenden dar pábulo a sus pasiones, provocar el mal, enseñar malicia o aprenderla.* b) *Por razón del modo son ilícitos cuando se ejecutan con acciones y maneras provocativas:* c) *Por razón de los efectos son ilícitos para una persona los bailes en que siempre o casi siempre peca gravemente, ya durante la reunión, ya como el efecto de ella: la razón es que estamos obligados a evitar los peligros próximos de pecar.*

3.—De los bailes modernos hay pocos del todo buenos, muchos que son peligrosos y algunos enteramente inmorales y lascivos. El mayor o menor peligro que ofrecen los bailes está en relación con el tiempo, lugar, persona y modo con que se ejecutan, por lo que se puede hacer la clasificación siguiente:

Bailes de etiqueta:—Son los que con carácter oficial suelen tenerse en casa de los príncipes, embajadores, ministros, etc. para conmemorar algún fausto acontecimiento nacional, regional o de familia. Pueden ser también peligrosos y hasta inmorales, si el traje escotado, de

frecuente uso en tales reuniones, ofende notablemente al pudor, o si el ritmo musical es de los considerados como poco honesto.

Bailes de confianza:—Son los que se ejecutan en casas particulares con asistencia de personas amigas, allegadas muy conocidas. Si el baile es honesto en sus circunstancias, y se verifica en presencia de los padres y con las convenientes precauciones, no parece reprochable.

Bailes públicos:—Son los que suelen tenerse en los grandes salones, en cafés, clubs y establecimientos. Esta clase de bailes, con rarísima excepción, son del todo inmorales, tanto por la desenvoltura y procacidad de la juventud que frecuenta estas reuniones, como por el modo poco indecoroso con que de ordinario se ejecutan, y así difícilmente se puede excusar de pecado mortal a los asistentes.

Bailes de máscaras o fantasía:—Son por todo extremo peligrosos y expuestos a la liviandad y desenfreno. El Señor reprende por medio de la Sagrada Escritura (Génesis XXXVII): «La mujer no se pondrá vestiduras de hombre, ni el hombre usará las de mujer; porque quien tal hiciese será abominable delante de Dios».

Bailes populares:—Son los que suelen tener lugar al aire libre entre la gente honrada de la localidad en los pueblos pequeños, o barrios, o aldeas. Será lícito o ilícito según la clase de baile.

Sobre los bailes modernos:—El Dr. Bernard, americano, dice: «Los bailes modernos constituyen un daño y peligro que hay que combatir sería y urgentemente. Daño y peligro, tanto por los graves desórdenes que ocasiona al cuerpo, como a la repercusión nefasta bajo el punto de vista moral. Llevado por mi profesión a asistir a algunas enfermas, estimo mi deber denunciaros la gravedad extrema que esto implica para el porvenir de la raza y para la salud moral y física de nuestros

semejantes. Son incurables los males causados por la práctica de las danzas exóticas.» *Un joven distinguido:* «Jamás me casaré con una señorita que baile tango, fox trots o cualquiera de estos bailes»; y preguntando la causa, contestó: «por-

que yo los bailo...». Otro decía: «Si las señoras y señoritas oyeran los comentarios de ciertos jóvenes al salir de los bailes y los detalles de su anatomía, y más íntima quizá, se negarían a prestarse a esta experiencia.»

JESUCRISTO EL AMIGO DEL PUEBLO

«EL PUEBLO! Manada de bueyes que necesitan un aguijón, un yugo y un establo!»—(VOLTAIRE)

¿De quién es esta frase? De un enemigo de la Iglesia, de uno de aquellos corifeos de la incredulidad a quien tanto citan los enemigos de la Iglesia y los tribunos comunistas a fin de desprestigiar la Religión de Cristo y entregarla al desprestigio y al odio, como legado para el pueblo.

Oigamos a Voltaire, cómo juzga al pueblo.

«El pequeño número es lo que forma el público, el resto es el vulgo. Trabajad pues, para el pequeño público sin exponeros a la demencia de la multitud».

«No es el obrero a quien hay que instruir, sino al buen burgués... Cuando al populacho le da por raciocinar, todo está perdido».

«Según mi opinión, el mejor servicio que se puede hacer al género humano es separar para siempre al estúpido de la gente honrada».

«Es muy conveniente que el pueblo sea guiado, pero no que sea instruido; no es digno de serlo».

«El pueblo será siempre estúpido y bárbaro».

Estas palabras de crudo brutalismo, no son sino la copia fiel del antiguo paganismo.

¿Quiénes fueron los libertadores del pueblo?

Fué Jesucristo y fué su Iglesia. Esa Iglesia contra la cual los agitadores comunistas de pupitre y de arrabal, tratan de infiltrar en el pueblo el odio, el odio a esa misma Iglesia que ha sido la salvadora del pueblo.

Cómo defendió al pueblo León XIII

Comparad las siguientes líneas de León XIII, el Jefe Supremo de la Iglesia, con las líneas de Voltaire y después escoged:

«Lo primero que hay que hacer es librar a los pobres obreros de la crueldad de hombres codiciosos que, a fin de aumentar sus propias ganancias, abusan sin moderación alguna de las personas, como si

no fueran personas sino cosas. Exigir tan gran tarea, que con el excesivo trabajo se embote el alma y sucumba al mismo tiempo el cuerpo a la fatiga, ni la justicia ni la humanidad lo consienten. En el hombre toda su naturaleza, y consiguientemente la fuerza, que tienen para trabajar, está circunscrita con límites fijos, de los cuales no se puede pasar».

«La raza de los ricos, como se puede amurallar con sus recursos propios, necesita menos del amparo de la pública autoridad; el pobre pueblo, como carece de medios propios para defenderse, tiene que apoyarse grandemente en el patrocinio del Estado. Por eso a los jornaleros que forman parte de la multitud indigente, debe, con singular cuidado y providencia, cobijar el Estado».

«A los ricos y a los amos toca: no tener a los obreros por esclavos, respetar en el obrero la dignidad de la persona y la nobleza que a esta persona añaden, lo que se llama caracter de cristiano».

«Entre los primeros deberes de los amos, el principal es dar a cada uno lo que es justo. Sabido es, que para fijar conforme a justicia el límite del salario, muchas cosas se han de tener en consideración, pero en general deben acordarse los ricos y los amos que oprimir en provecho propio a los indigentes y menesterosos, y de la pobreza ajena tomar ocasión para mayores lucros, es contra todo derecho divino y humano».

«Y el defraudar a uno el salario que se le debe, es un gran crimen que clama al cielo venganza. *Mirad que el jornal que defraudásteis a los trabajadores clama, y el clamor de ellos suena en los oídos del Señor de los Ejércitos*».

..

Escoge, ¡oh Pueblo! tus amigos en tus verdaderos defensores.

Tus tribunos de cámara y tus tribunos de arrabal que atacan a la Iglesia, atacan a la que ha salido siempre en defensa de tu nombre y de tus derechos.

EL CONTRAVENENO DEL CRIMEN

Se ha discutido en Nueva York las causas del aumento constante de la criminalidad. Verdaderamente estremece, alarma y espanta poner los ojos sobre las llamadas *secciones criminales* de los periódicos, verdaderos folletines sangrientos a la medida que dejan muy atrás a las novelas procesales más terroríficas, puesto que en ellos las realidades tangibles superan a las más perversas imaginaciones.

Dos de los fisiólogos allí presentes, salieron con la peregrina idea de atribuir esta exuberancia de criminalidad a la influencia del calor solar sobre la sangre y sobre los temperamentos; pero el sol ha calentado siempre lo mismo que ahora, y en otros tiempos no se han registrado tantos crímenes como hoy se registran. De ello dan testimonio las estadísticas de los tribunales, cuyas cifras son datos elocuentísimos que pueden alumbrar nuestra oscuridad.

Otros opinaron que en gran parte se debía la criminalidad a la naturaleza morbosa heredada de padres viciosos o degenerados, y que, por lo tanto, el remedio estaba en prohibir el matrimonio o la generación a personas de esa índole. Pero también en todo tiempo ha habido padres viciosos o degenerados, y, sin embargo, no existía tanta criminalidad.

Otros, que no eran fisiólogos, pero que disertaron sobre esta materia sin tecnicismos, atribuyeron gran parte de la criminalidad vigente a los cines y las malas lecturas, sobre todo, a las de las novelas procesales, verdaderos cuerpos docentes de todas las infamias y picardías, en que lo obscuro y lo sangriento se dan la mano para bailar una misma contradanza. Sin duda alguna que esta es una de las causas más poderosas e influyentes, pero no la principal.

Es evidente de toda evidencia que la causa generadora de la criminalidad moderna se encuentra en la mayoría de los procesos sustancia-

dos por los tribunales. En casi todos esos procesos los fautores y protagonistas de los delitos que se persiguen, son gentes o sin religión o que no la practican, embrutecidos por los vicios y degradados por la más absoluta ignorancia de las cosas religiosas. El escepticismo brutal e instintivo es la cualidad saliente de tan bárbaros criminales; y cuando a esta tendencia puramente animal se agrega la acción corrosiva de las ideas sectarias, adquiere relieve de más refinada perversidad.

Estos hechos saltan a la vista, pudiendo asegurarse que acaso sólo 5 por 100 de los fautores de los crímenes de sangre profesan alguna religión positiva. En los demás la conciencia es una tabla rasa, donde no existe el rastro más mínimo de los recuerdos religiosos, palpitando, por tanto, la fiera dentro del miserable cuerpo del delincuente.

De donde se infiere que la religión tiene eficacia divina para el mejoramiento moral de los individuos, y que prescindir de ella en la vida de las instituciones es mutilar la obra de la Providencia y atentar contra la relativa perfección social a que pueden llegar los pueblos regidos por leyes en que lo divino y humano armonicen en justas y debidas proporciones.

Siendo la religión ley de vida y resorte de salud para los individuos y para las naciones, concíbese que su proscripción del estado social sea precursora del crimen, por lo cual parece increíble que los estadistas modernos se sostengan en sus contumaces empeños, negándose a franquear a la Iglesia todos los caminos para ejercer su misión salvadora.

Llegar al máximum de la religión es equivalente al mínimum de la delincuencia, y el aumento de los templos y de los centros donde se enseñen las leyes de Dios, supone la disminución de las cárceles y de los presidios. Estando demostradas estas verdades, los poderes que las

niegan y no las eligen como pauta de su conducta, son reos del delito de lesa civilización, porque sin ellas no pueden crear más que un estado de retroceso positivo en que el hombre tiene que desaparecer para ser sustituido por la bestia humana.

Las leyes de los hombres, cuando se emancipan del espíritu cristiano, no tienen eficacia para crear y formar buenas costumbres, mientras la religión, siempre perseverante e inmutable, siempre combatiendo el mal en todos los terrenos y siempre penetrando con su divino ambiente todas las capas sociales, crea pro-

digiosamente todas las costumbres informándolas de su savia divina.

Si los gobiernos, venciendo sus contumacias hasta hoy impenitentes, y descatóndose de sus ideas anti-religiosas, quieren de verdad reprimir la ola sangrienta del crimen que amenaza hoy en día inundarlo todo, lo primero que tienen que hacer es acometer con varonil resolución la obra de una restauración religiosa, franqueando de nuevo todos los caminos que le han cerrado, para ejercer su divina misión, única que tiene fuerza eficaz para estimular la virtud y contener las pasiones.

(De "Revista Católica").

¿POR QUÉ HAY GUERRAS?

Los peores enemigos de la paz son los mismos pueblos afiliados a la Sociedad de las Naciones. Venden armas y después hacen de jueces.

Salvador de Madariaga, una altísima inteligencia española, traza este interrogante profundo: ¿por qué hay guerras? Y él mismo se ha empeñado en responderse. Veámoslo de paso, porque importa constatar juicios sobre tan capital asunto contemporáneo.

Existe en el mundo presente mucha anarquía, apunta Madariaga. Muchas anarquías, mejor dicho. Anarquía económica, la primera y la más fuerte, que lleva a los pueblos a mantenerse en permanente rivalidad y lucha. La guerra económica es el síntoma de la conflagración moderna, resultado del ciclo cultural que vivimos. Eso es de una evidencia irrefutable. En el último término, toda guerra, aún la más política, tiene raíces económicas profundas. Súmese la anarquía política que existe abundantemente en el mundo. El complejo de dos anarquías produce un género mayor de anarquía: la de las ideas de nuestra edad. Ideas en batalla constante. En todos los órdenes del pensamiento y en todas las categorías del intelecto. Ideas en lucha y de cuyo final acaso no se sepa aún lo que resulte: y el caos absoluto o el principio de afirmación de una nueva cultura.

La anarquía presente, mezcla tremenda de subanarquías, si vale la expresión, arrebatada al mundo hacia una verdad elocuente: la verdad de sus guerras inevitables, pese a las ideologías pacifistas que flotan por el mundo. Flotan simplemente. Están a flor de agua vital, pero no ahondan bases de convicción y credos de perduración en la hondura

ra concienal de los pueblos del mundo. Y la guerra deviene, fatal, necesariamente. Guerra económica o política. Guerra de todo género. Hasta del género intelectualizado que significa una lucha ideológica. Pero guerra al fin, con víctimas y convencidos trágicos, déficit doloroso para la humanidad actual y de todos los tiempos.

Pero concretándonos simplemente a la guerra, así sin otro calificativo que la defina específicamente, guerra internacional, guerra entre países, guerra entre Estados, es bien claro el por qué señalado por Madariaga. Refiriéndose concretamente a la función de la Sociedad de las Naciones, anota la circunstancia negadora de eficacias pacifistas de aquella entidad internacional, circunstancia debida a los grandes países exportadores de armamentos. Seguramente países oficialmente afiliados a la Sociedad, pero que tal condición en nada afecta a su calidad de comerciantes. Madariaga trae números para demostrarlo. Así: «El tráfico de armas, en los años 1921 a 1930, calculado en millones de dólares, fué respectivamente el siguiente: 33, 42, 39, 46, 48, 51, 48 y 59. En 1929, 64 millones. Y en 1930, 55 millones. En estas cifras no están incluidas las relativas a la aviación y a la marina. Conviene, además, apuntar—dice Madariaga— que un solo país exportador vendió, en 1932, a dos países en conflicto con la Sociedad de las Naciones, una cantidad de municiones mayor que la que había vendido a los países del mundo en 1930».

¿Quién no te aclama excelsa maravilla,
¡Oh, Virgen! y en tu amor no se enajena,
Viendo que para ti de gracias llena,
La culpa muere y su letal semilla?

Eres de Dios la Madre sin mancilla,
Que te alzas libre de ominosa pena,
Como entre espinas cándida azucena,
Cual limpio sol que entre celajes brilla.

Pura te ensalzan hoy tierras y mares,
Tu dicha el cielo por doquier pregona;
Todo mana por ti júbilo santo.

Y tu grey, bendiciendo en los altares
La que ostentas espléndida corona,
Aun más se acoge a tu propicio manto.

FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA

Dame, Señor, el poderoso don
En que el prodigio de tu gracia esté
Abre mi ojos y la luz veré
Que atribulada busca mi razón.

Derrama en mi ulcerado corazón
El bálsamo divino de la fe;
Disipa las tinieblas y saldré
Del abismo de tanta confusión.

Y brillando en continua claridad
Este rayo de amor que siento en mí,
Reconozca y confiese la verdad;

Y pueda el alma enamorada así,
Al emprender tu excelsa eternidad
Perpetuamente complacerse en ti.

JOSE SELGAS Y CARRASCO

Fiesta del Tercer Centenario de la Virgen de los Angeles

Nos, el Doctor Antonio del C. Monestel y Zamora, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Alajuela.

Celebrándose el año próximo el Tercer Centenario de Nuestra Señora de los Angeles, Patrona Celestial y Oficial de Costa Rica, y deseando que esta festividad nacional revista el mayor esplendor y resulte un homenaje de singular devoción y amor a la gran Madre de Dios y nuestra María Santísima en su título de los Angeles, acordamos: crear un Comité Diocesano compuesto por los señores presbíteros Mons. Juan V. Solís, don José del Olmo, don Delfín Quesada, Fray Dionisio de Llorens y Mons. Luis Leopold. Este Comité operará en un todo de acuerdo y conjuntamente con el Comité Central Arquidiocesano de San José, a fin de que en todo reine la más completa armonía y uniformidad. Comuníquese.

Dado en el Palacio Episcopal de Alajuela, a treinta de noviembre de mil novecientos treinta y cuatro.

ANTONIO DEL CARMEN,
Obispo de Alajuela

Delfín Quesada
Secretario

Por la Provincia de Limón el Ilmo. señor Pro-Vicario Apostólico don Franco. Acosta C. M., se ha dignado nombrar como representante ante el Comité Central de San José al señor Presbítero don Enrique Menzel.

Siglo XIII y siglo XX

El desarrollo intelectual del mundo en aquellos tiempos era esencialmente teológico.

La ciencia teológica era la antorcha y guía que alumbraba y dirigía al espíritu humano; todas las teorías y opiniones despedían la embriagadora aroma teológica; las cuestiones filosóficas, políticas e históricas eran consideradas desde el punto de vista de la teología. Hasta la aritmética, la retórica y la música reconocían un orden sobrenatural. En una palabra, el espíritu teológico era como la sangre que corría por las venas de aquel mundo ido y por esto presenta a los demás siglos muchas lumbreras de sabiduría, de moralidad y de santidad; ahí tenemos a todo un rey Fernando de España y Luis de Francia hechos santos en su mismo trono temporal, quienes, cual otros Salomones, piden a Dios antes que las riquezas, que el tesoro de este mundo, las joyas de la virtud; gobernaron a sus súbditos con amor de hermano y no de tirano, dieron leyes inspiradas en el bien integral de los suyos, reinando así la paz y tranquilidad en todo el mundo. También la frente de aquel siglo se halla circundada por santos y sabios eminentes: Tomás de Aquino, Buenaventura, San Antonio de Padua, taumaturgo gigante de aquel siglo que pasmaba a las multitudes por su saber, elocuencia y santidad. Por esto, en todas las generaciones y en todos los pueblos hay alguna sociedad titulada Antoniana que practica la caridad y las virtudes sembradas por él. Ahora bien, ¿cuál es la fisonomía de nuestro siglo? ¡oh vergüenza!, lo sobrenatural es considerado mito, como mentira, propia de locos, de fanáticos, de ignorantes; la santidad propia de tontos, de hipócritas, y los pueblos gobernados por incrédulos, que no miran el bien de los gobernados sino el propio interés. No hay moral pública. ¡Y con todo se le llama el «siglo de las luces!».